Solemnidad del Apóstol Santiago el Mayor.

Nuestro Dios es misericordioso.

Aunque en la Biblia no existen muchos datos referentes al hermano de San Juan Evangelista, -cuya fiesta celebramos hoy-, en los Evangelios vemos a los hijos de Zebedeo muy unidos entre sí, los cuales, unidos a San Pedro, constituían el grupo de Apóstoles a quienes el Señor les revelaba sus más profundos secretos.

Zebedeo y sus hijos eran pescadores, pero llegó un día en que su hijo Juan empezó a desinteresarse por la pesca, y consideró la posibilidad de hacerse discípulo de San Juan el Bautista. En los Evangelios no se nos explica la razón que movió al futuro Evangelista a seguir al Bautista, pero quizá influyó en este hecho el fuerte carácter que ambos tenían, a la hora de hablar de la ejecución de la justicia divina. Veamos un ejemplo de ello. Cuando el autor del Apocalipsis era anciano, escribió en una de sus Cartas:

"Hay hermanos que cometen pecados que no llevan a la muerte. Debemos orar por ellos para que Dios les dé la vida. Pero sólo si se trata de pecados que no llevan a la muerte. En cambio, no mando rogar por quien comete el pecado que lleva a la muerte" (1 JN. 5, 16).

Para San Juan, era inútil el hecho de orar por quienes cometían los pecados más graves, pues consideraba a los tales como réprobos por Dios, y, por ello, los sabía destinados a la condenación eterna.

Por causa de su temperamento, Jesús apodó a los hermanos Santiago y Juan con el sobrenombre de "Boanerges", que significa: Hijos del trueno. Ya que hoy celebramos el recuerdo de Santiago, utilicemos algunos textos evangélicos, para conocer un poco mejor a este Apóstol de nuestro Salvador.

"Un poco más alante vio a otros dos hermanos: Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, que estaban en la barca con su padre reparando las redes. Los llamó, y ellos, dejando en seguida la barca y a su padre, se fueron con él" (MT. 4, 21-22).

Al leer los versículos del Evangelio de San Mateo que estamos considerando, podemos tener la impresión de que a Jesús le era extremadamente fácil convencer a la gente para que creyera en El, lo cual, según se deduce de la lectura de los cuatro Evangelios, es incierto. Es cierto que los hijos de Zebedeo se unieron a Jesús apenas el Señor les propuso que lo siguieran, pero, lo que no nos cuentan los autores de los Evangelios, es cuántos intentos hizo el Señor para que dichos hermanos lo siguieran, y cuántos defectos hubo de corregirles, durante los años que recorrieron juntos las tierras de Palestina.

Quizá podemos caer en la tentación de pensar que a los Santos Santiago y Juan les fue fácil hacerse seguidores de Jesús, porque, al ser la pesca un trabajo duro y mal remunerado, estarían deseando dejarlo. Esta consideración es totalmente incierta, porque, quien por su status social o su minusvalía tiene un trabajo el cual

es prácticamente el único que puede llevar a cabo, no lo deja fácilmente, porque el mismo es el único medio con que cuenta para obtener los bienes que necesita para vivir.

Los citados hermanos no eran temperamentales por causa de su maldad, sino por la sequedad espiritual que producen las situaciones difíciles, cuando no son bien confrontadas. Ya que Zebedeo tenía jornaleros contratados, es de suponer que su posición económica era superior a la de los Santos hermanos Pedro y Andrés, quienes realizaban el mismo oficio juntos, aunque el primero hacía las veces de patrón.

La vida de los campesinos es penosa, porque pierden total o parcialmente algunas de sus cosechas, por lo cuál tienen dificultades, tanto para pagar los impuestos derivados de su actividad, como para vivir holgadamente. Los pescadores, además de tener problemas económicos, tienen que exponer su vida a grandes peligros, con tal de obtener el dinero que necesitan para vivir, así pues, ello sucede durante los largos inviernos, cuando hace viento fuerte o llueve durante muchos días, y, a pesar de ello, lo arriesgan todo por el todo de la familia que tienen que alimentar.

San Lucas nos cuenta cómo los cuatro pescadores mencionados, dejaron de pescar en el lago de Tiberíades, para convertirse en pescadores de hombres.

"Estaba él (Jesús) a la orilla del lago Genesaret y la gente se agolpaba sobre él para oír la Palabra de Dios, cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas, y lavaban las redes. Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y, sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.» Simón le respondió: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, echaré las redes.» Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse. Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían. Al verlo Simón Pedro, cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador.» Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado. Y lo mismo de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres.» Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron" (LC. 5, 1-11).

Aunque Jesús predicaba en los pueblos en que vivían sus amigos íntimos, estos, lentamente, se percataban de que debían renunciar a sus familiares y posesiones, con tal de poder ser fieles seguidores de nuestro Señor. Quienes hemos formado parte de grupos para realizar diferentes actividades, podemos tener la experiencia de lo desagradable que ello puede ser, cuando no nos hemos puesto de acuerdo, entre los miembros de dichos grupos, para llevar a cabo una determinada acción. Quizá los seguidores que se le unían a Jesús comenzaban su actividad

evangelizadora con mucho entusiasmo, pero, con el paso de las semanas, debieron surgir innumerables dificultades, por ejemplo, con la administración de los bienes comunes, lo cual debió suceder diariamente, cuando Judas, -el traidor de Jesús-, que era ladrón, ocupó ese cargo tan delicado.

Al ser unos de los más allegados a Jesús de entre los Apóstoles, los hermanos Santiago y Juan, tuvieron el privilegio de ser testigos de la Transfiguración de nuestro Salvador. Jesús les demostró a sus tres amigos cómo sería su cuerpo después de resucitar de entre los muertos, y se les mostró hablando con Moisés y Elías, para indicarles que todos los creyentes que deseen ser santificados serán salvos, independientemente de que crean que este don celestial lo merecerán, ora por su apego a la fe, ora por su escrupuloso cumplimiento de la Ley de Moisés.

"Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los lleva aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. En esto, se les aparecieron Moisés y Elías que conversaban con él. Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: «Señor, bueno es estarnos aquí. Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y de la nube salía una voz que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle.» Al oír esto los discípulos cayeron rostro en tierra llenos de miedo. Mas Jesús, acercándose a ellos, los tocó y dijo: «Levantaos, no tengáis miedo.» Ellos alzaron sus ojos y ya no vieron a nadie más que a Jesús solo. Y cuando bajaban del monte, Jesús les ordenó: «No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos"" (MT. 17, 1-9).

Ya que los hermanos Santiago y Juan habían renunciado a vivir con sus familiares y a sus posesiones con tal de ser Apóstoles de Jesús, ambos creían que deberían ser recompensados por ello, siendo sentados en el Reino de Dios, el uno a la izquierda, y, el otro, a la derecha del Señor. Para asegurarse de ser escuchados, ambos hermanos utilizaron a su madre, la cual debía sensibilizar al Mesías, para que favoreciera a sus descendientes.

"Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, y se postró como para pedirle algo. El le dijo: «¿Qué quieres?» Dícele ella: «Manda que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu Reino." Replicó Jesús: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber?» (¿Podéis compartir mi futura Pasión?). Dícenle: «Sí, podemos.» Díceles: «Mi copa, sí la beberéis; pero sentarse a mi derecha o mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado por mi Padre." Al oír esto los otros diez, se indignaron contra los dos hermanos. Mas Jesús los llamó y dijo: «Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos."" (MT. 20, 20-28).

Cuando Jesús hacía algún milagro que no quería que se difundiera, hacía que fueran testigos del mismo los Santos Apóstoles Pedro, Juan y Santiago. Recordemos un ejemplo de ello.

"Y he aquí que llegó un hombre, llamado Jairo, que era jefe de la sinagoga, y cayendo a los pies de Jesús, le suplicaba entrara en su casa, porque tenía una sola hija, de unos doce años, que estaba muriéndose. Mientras iba, las gentes le ahogaban. Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que no había podido ser curada por nadie, se acercó por detrás y tocó la orla de su manto, y al punto se le paró el flujo de sangre. Jesús dijo: «¿Quién me ha tocado?» Como todos negasen, dijo Pedro: «Maestro, las gentes te aprietan y te oprimen." Pero Jesús dijo: «Alguien me ha tocado, porque he sentido que una fuerza ha salido de mí.» Viéndose descubierta la mujer, se acercó temblorosa, y postrándose ante él, contó delante de todo el pueblo por qué razón le había tocado, y cómo al punto había sido curada. El le dijo: «Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz.» Estaba todavía hablando, cuando uno de casa del jefe de la sinagoga llega diciendo: «Tu hija está muerta. No molestes ya al Maestro.» Jesús, que lo oyó, le dijo: «No temas; solamente ten fe y se salvará.» Al llegar a la casa, no permitió entrar con él más que a Pedro, Juan y Santiago, al padre y a la madre de la niña. Todos la lloraban y se lamentaban, pero él dijo: «No lloréis, no ha muerto; está dormida.» Y se burlaban de él, pues sabían que estaba muerta. El, tomándola de la mano, dijo en voz alta: «Niña, levántate.» Retornó el espíritu a ella, y al punto se levantó; y él mandó que le dieran a ella de comer. Sus padres quedaron estupefactos, y él les ordenó que a nadie dijeran lo que había pasado" (LC. 8, 41-56).

Hubo una ocasión en que ciertos samaritanos no quisieron acoger a Jesús, cuando se enteraron de que el Señor se dirigía a Jerusalén, porque los samaritanos no mantenían buenas relaciones con los habitantes del Sur del citado país. Los hermanos Santiago y Juan, viendo cómo su Maestro fue despreciado, intentaron usar su temperamento para escarmentarlos, pero Jesús se lo impidió.

"Sucedió que como se iban cumpliendo los días de su asunción, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén, y envió mensajeros delante de sí, que fueron y entraron en un pueblo de samaritanos para prepararle posada; pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén. Al verlo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: «Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?" Pero volviéndose, les reprendió; y se fueron a otro pueblo" (LC. 9, 51-56).

Cuando nuestro Señor vivió las amargas horas de su Pasión, todos sus Apóstoles y discípulos lo desampararon por miedo a las represalias que los judíos podían tomar contra ellos, exceptuando a San Juan, el hermano del Santo cuya fiesta estamos celebrando. Después de que aconteció la Resurrección de nuestro Salvador, Jesús adoctrinó a sus Apóstoles durante cuarenta días, transcurridos los cuales, aconteció su Ascensión al cielo.

Cuando los Apóstoles de nuestro Señor recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés, fundaron la primitiva Iglesia de Jerusalén, a la que, por obra y gracia del Espíritu Santo, se agregaron muchos creyentes, los cuales no tardaron mucho tiempo en ser dispersos por causa de la persecución que vivieron por causa de sus hermanos de raza. La diáspora de los cristianos de Judea, fue un buen pretexto para que el Cristianismo se extendiera entre los extranjeros.

No ignoramos que la Iglesia valora sus tradiciones, hasta el punto de asignarles un valor muy similar al que le otorga a la Biblia, por contener en sus páginas la Palabra de Dios escrita. Según una antigua tradición, Santiago vino a predicar el Evangelio a Hispania (España), pero se encontró con que los habitantes del citado país, al tener una mezcla de religiones variadas, no aceptaron la adoración al Dios único en quien creía Santiago. Como dicho Apóstol fue presa del desánimo por causa de su aparente fracaso, María Santísima, en su Advocación del Pilar, se le apareció para fortalecerlo.

Poco tiempo después, Santiago regresó a la Ciudad Santa, donde fue martirizado, según nos cuenta San Lucas en su segunda obra.

"Por aquel tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la Iglesia para maltratarlos. Hizo morir por la espada a Santiago, el hermano de Juan" (HCH. 12, 1-2).

A la hora de recordar a Santiago, no pensemos únicamente en su fuerte temperamento, ni en sus ansias de destacar entre sus compañeros apareciendo sentado junto a Jesús en el Reino de Dios, porque no todos los cristianos estamos dispuestos a abandonar nuestra patria para predicar el Evangelio, y, mucho menos, para morir por la fe que profesamos.

Concluyamos esta meditación, pidiéndole a nuestro Padre común, que nos haga fuertes de espíritu a imitación del Apóstol Santiago, para que seamos capaces de defender nuestras creencias, hasta las últimas consecuencias.